

una isleta. Los demas todos concurrían alegres, trayendo algodón, pan, frutas, pescados, aves y conejitos de muchas especies. Refrescos oportunos en esta navegacion, pues no había mas provisiones que un triste resto de vino y bizcocho mal acondicionado, sujeto el general como el mas ínfimo grumete á una racion escasa. Fácilmente pudieran proveerse de pesca, mas el exceso de calor y humedad no permitían su conservacion de un dia para otro. Hubieron de acostumbrarse los españoles á las comidas de los indios: los gozques mudos, mirados antes con hastío, ahora parecían cabritos. Solo repugnaban las iguanas, que era el mayor regalo de aquellas gentes. Con su compañía y natural manso y generoso holgaron nuestros navegantes hasta el 22. En vano aguardaron vientos favorables para la Española: accidente adverso segun el comun deseo de poner fin á tan molesta navegacion.

20 Convirtiolo en ventaja como solia el sabio descubridor, tomando ocasion de proseguir sus indagaciones por la banda del sur. Llegado á Jamayca continuó su reconocimiento desde el golfo de Buen-tiempo por las costas de poniente y mediodia. Parecíale ver una sola montaña prolongada del oeste al este, la cumbre en lo mediterraneo sobrepujando las nubes,

las raíces en el mar, la subida un declive suavísimo. A proporcion que se reconoce la isla, crecen las ideas de su poblacion, cultivo, abundancia y bondad de los comestibles. Todo por igual sembrado de pueblos y caserías quanto alcanzan los ojos. Los moradores acuden festivos, y proveen á los navegantes copiosamente. No se había visto tierra tan amena y feliz, ni costas de tantos puertos y tan cómodos. Sin despejarse de ellas caminaban las naves al este muy despacio, porque comunmente ventaba del opuesto rumbo. Añadíase la incomodidad de las lluvias diarias, que asimismo se padeció en el costeamiento de Cuba junto á ella y entre sus jardines de isletas. Efecto del abundancia de humedades en playas bajas y sin desagüe, cubiertas de yerba, matorrales y árboles espesos. Las nubes formadas de los vapores que levanta el sol, al entrar la noche se resuelven en lluvias. Desmontado y desecado el terreno cesa esta molestia. Así discurría el almirante, conforme á lo que había enseñado la experiencia en las islas de Canaria, de Madera y de los Azores.

21 El 19 de Agosto perdió de vista la punta oriental de Jamayca que llamó del Farol, hoy cabo de Morante. Estimó de ochocientas millas el ámbito de la isla: despues con mas conocimiento le dió cin-

cuenta leguas de largo, y veinte de ancho. De aquel cabo al mas occidental de la Española, que decimos del Tiburon, puso treinta leguas. Avistólo el 20, y le dió nombre de S. Miguel. No supo donde estaba hasta pasados dos dias que oyó la palabra almirante y otras castellanas en boca de un cacique, de quien recibió mucho obsequio, y noticias del terror difundido por los españoles en toda la isla. Navegando al este sobre la costa meridional perdió de vista las caravelas Cardera y S. Juan. Por esperarlas fondeó en Altovelo, isleta despoblada que desde entonces conserva esa denominacion. Matáronse allí ocho lobos marinos durmiendo descuidadamente en la playa, y multitud de aves que aguardaban incautas á la gente, sin duda porque jamas habian sido acosadas. Reunidas las naves á primeros de Setiembre pasan á la Beata, y de ahí siguen sobre las bocas del Neyba avistando un llano amenísimo, sembrado de aldeas y caserías tan juntas que por espacio de una legua parecia un solo pueblo. Vienen los habitantes en sus canoas á las naves con alegres nuevas de la colonia, y de haber llegado allí algunos españoles. Con esto resuelve el almirante participar á la Isabela su buena venida, y habiendo caminado mas al este envió nueve hombres con orden de atravesar la isla por la fortaleza de san-

to Thomas, y otra que se habia mandado construir en la Vega-real, nombrada de la Magdalena.

22 La flota continua su curso. Descúbrese una gran poblacion; y saliendo á tierra algunos marineros en las barcas á tomar agua, intentan estorbarlo los naturales, unos armados de arcos y flechas emponzoñadas, otros con sogas en las manos como para atar á los que prendiesen. A pesar de sus amenazas desembarcan intrépidos nuestros marineros. Y ellos preguntando por el almirante se hacen de paz, y ofrecen todas sus cosas. El dia 14 se separan las naves por la violencia de los vientos. Colón que por la vista de un ballenato y otras señales habia presentado tormenta, se refugió en el canal formado al extremo de la costa meridional por la isleta Saona, que los indios llamaban Adamaney. La siguiente noche observó un eclipse de Luna, y hechos sus cálculos coligió ser la diferencia entre la Saona y el cabo de S. Vicente cinco horas y mas de media, siendo en la realidad menos de quatro horas. Permanció allí seis ó siete dias sin saber de las otras naves. Juntas en fin despues de la borrasca, navegó el 24 á la Mona, ó sea Amona como decian los indios, isleta situada entre las extremidades de la Española y S. Juan. Aun quisiera proseguir al este, y acabar el descubrimiento de las islas

Caribes. Mas no correspondian sus fuerzas á los conatos de su alto espíritu. Agotadas todas las facultades por la continuacion de fatigas, vigiliass y mal comer, adolece de un profundo letargo, privado totalmente el uso de los sentidos. Temiendo la gente su muerte próxima, guia para la Isabela; y á favor del viento oriental, ordinario en aquellos mares, llega al suspirado puerto el 29 de Setiembre.

23 Empezó el almirante á convalecer con el regalo y descanso. Ni tuvo pequeña parte en su salud el gusto de ver á su hermano Bartolomé, fiel amigo, antiguo compañero, sugeto de valor, instruccion y juicio con quien podia dividir el grave peso de cuidados que le oprimian. Fuéronle asimismo de gran consuelo las nuevas que este le refirió. Despues de varios trabajos y aventuras, habia por fin conseguido del rey de la gran Bretaña que aceptase la empresa del descubrimiento. Viniendo por París, recibió mucha honra y cien escudos del rey de Francia ya noticioso de la memorable jornada del almirante. Mayores honras y mercedes hubo de nuestros soberanos, á quien se presentó con los dos sobrinos Diego y Fernando. Quedaron estos en la corte por pages del príncipe, en cumplimiento de la gracia que el padre les habia alcanzado: él fué ennoblecido con el dictado de DON, y

hecho capitan de tres caravelas partió á la Española por Abril, llevando cantidad de bastimentos, y algunas cosas de las que se pidieron por Antonio de Torres venido el mes antecedente con los doce navíos. Llevó ademas carta de los reyes en que se aprobaban los hechos y disposiciones del almirante con palabras de singular aprecio; y se le alentaba á proseguir con promesas de recompensar sus grandes servicios, castigar á los que se le oponian, y favorecer la colonia. Que luego en otra flota iria el suplemento de provisiones segun sus memorias, y se le responderia mas por menor.

24 Poco tardó Colón en recibir este nuevo alivio. Llegan en breve quatro caravelas bajo el mando de Torres, y en ellas buena parte de los deseados refrescos, ropas y variedad de mercaderías, estas de cuenta de particulares para venderse á precios moderados con arreglo á una tasa hecha por Fonseca en virtud de real orden: mineros, bestias y ganados para aumento y beneficio de la poblacion: vestidos, camisas, cortinages, conservas y otros regalos para la persona y casa del gobernador. Pero en nada tuvo este tanta satisfaccion como en los despachos de la corte. Lóase quanto él habia dispuesto, con expresiones de mucho concepto y reconocimiento. "Ahí estariamos presen-

tes, dicen los reyes, y tomariamos vuestro consejo.“ Danle cuenta del tratado concluido con Portugal, manifestando desear su asistencia al tirar la linea de demarcacion. A los que él habia nombrado para officios, se les confirma y señala salario. A todos sus recomendados se atiende. Concédesele facultad de colocar en las vacantes de los mil que fueron asalariados, á quien tuviese por conveniente entre las docientas y mas personas que pasaron y quedaron sin sueldo. En general se dan gracias á quantos se habian conformado con su voluntad, y se reprende á los discolos, remisos é inobedientes. El deseo de fomentar la colonia estaba manifesto en los encargos hechos al arcediano Fonseca para continuar enviando naves y todo género de provisiones de boca y guerra, en levantar la prohibicion de la saca del pan por lo tocante á Indias, en pregonar absoluta franqueza de derechos en todo lo conveniente para ellas y su negociacion, finalmente en el buen pensamiento de que cada mes fuese y viniese una caravela, que ya podria ser sin miedo de portugueses. Ni se olvidó el negocio de la conversion de los indios, á cuyo fin animaban los reyes al P. Boil á perseverar en la isla y en el santo propósito, no obstante haber él escrito que era inutil su permanencia no pudiendo hacer fruto por falta de

lengua. Decíanle que esta dificultad ya podria estar vencida; como en efecto la venció muy presto el zeloso fray Roman Pane del orden de S. Gerónimo.

25 Mas Boil se acomodó mal á un modo de vivir tan distante del sosiego y paz de su ermita. Así, lejos de disponerse para el ministerio á que fué destinado, aprovechó la primera ocasion de volver á España en las naves conducidas por Bartolomé Colón. Vinose como fugitivo abandonando la tierra y la parte que tenia en el mando, ausente el gobernador y quando fuera de mas utilidad su prudencia y consejo. Y lo que fué peor, autorizó con su compañía y fuga la de otros descontentos, en particular la de su payzano Margarit, raíz de los desórdenes que pusieron la colonia y la isla toda en el mayor conflicto. Este habiendo empuñado el baston de general de la tropa, ni procedió conforme á la instruccion que recibió con el cargo, ni quiso reconocer la superioridad de la junta de gobierno. Antes pretendió ser independiente y despótico, y como tal obró sin respeto alguno á sus obligaciones. Introdujo en los nuestros la peste de la discordia, y ocasionó en los indios un mortal aborrecimiento al nombre español. Tuvo siempre la gente en lo mas poblado y abastecido de la Vega-real, muy holgada y consentida. ¿Quien ignora los exce-

sos de semejante tropa? Déjala Margarít en plena libertad, partiendo á España sin poner otro en su puesto. Crecen las insolencias hasta el punto de hacerse intolerables á los vecinos de la Vega. Los soldados, sin cabeza que los adune y contenga, corren divididos por varias partes, entregándose á quanto les dicta la necesidad, la pasion y el antojo. Cansados de sufrir los miserables indios pasan del terror á la desesperacion; y supliendo con la multitud la inferioridad de sus armas, empiezan á matar españoles donde quiera que logran encontrarlos solos ó en corto número. A proporcion que se multiplican los golpes, van despojando la tierra de enemigos, retirándolos á la ciudad y á las fortalezas. Ni aun allí les permiten vivir seguros. Caonabó aprieta á los de santo Thomas, y explora las fuerzas de la Isabela, por si fuese posible repetir la escena que dió en la Navidad. Guatiguaná, cacique de la provincia del Macoríz, ó sea Macoríz, en que estaba la Magdalena, mata diez soldados, y pone fuego á una casa donde habia quarenta enfermos. Atrópanse los isleños en muchos lugares de Cibao y la Vega, amenazando la total ruina de la colonia.

26 A este extremo vinieron las cosas porque el gobernador tardó en restablecerse mas de quatro me-

ses, sin ocurrir á los principios del mal. Por ventura fió mas de lo que debiera en la mansedumbre de los indios, y esperaba que se aquietasen moderados los españoles: ó no temia que tan presto depusiesen el concepto y respeto de la generacion venida de lo alto, y cobrasen tantos espíritus. Ni daba entero crédito á las palabras de Guacanagarí, que habiendo venido á visitarle declaró la conjuracion de los grandes señores Guarionéx, Behechío y Caonabó, y de otros muchos caciques subalternos, para echar de la isla ó destruir de todo punto á los estrangeros. Añadiendo que él era odiado y perseguido por negarse á entrar en la liga, y haber tenido continuamente en su señoría cien españoles regalados y obsequiados á toda su satisfaccion. Y en pago de sus fieles servicios pedia auxilio contra los enemigos comunes. Abrió los ojos el almirante al saber del atrevimiento de Guatiguaná á dos breves jornadas de la ciudad. Y resuelto á tomar venganza partió con suficiente número de armados á la Magdalena. Hallóla cercada de una muchedumbre de indios, y en grande apuro al capitan Luis de Arriaga. Facilmente desbarató aquella tropa desarmada y tímida. No pudo haber á las manos al cacique, mas castigóle severamente en sus súbditos, tomando buena parte de ellos por esclavos, y avasa-

llando todo el Macoríz. Hecho esto corre la via del oriente al próximo señorío de Guarionéx; quien, intimidado sin duda con el escarmiento de sus vecinos, prestó la obediencia, y consintió en sus tierras el establecimiento de los españoles. Para el qual hizo el almirante construir la fortaleza de la Concepcion.

27 Vuelto á la Isabela, el 24 de Febrero de 1495 despachó á Torres con sus quatro naves cargadas de indios esclavos para que se vendiesen en Sevilla, á reserva de nueve que destinó para aprender nuestra lengua. Envió alguna cantidad de oro, y muestras de otros minerales y frutos preciosos: entre ellos cierto cobre, y palo de tinte como el que llamaban brasil, artículo muy notable en el comercio de aquel tiempo. Vino en este viage D. Diego Colón, quizá mandado por sus hermanos á desvanecer los siniestros informes que justamente se temía hubiesen dado en la corte fray Boil, Margarít y otros de su opinion, en descrédito de las Indias y su gobierno. Y viniérase el almirante mismo por esa causa, si no juzgara necesaria su detencion hasta vengar las muertes de christianos cometidas en diversos lugares, sojuzgar y pacificar toda la isla. El feroz Caonabó era el que mas cuidado le daba; porque lejos de escarmentar á vista del estrago hecho en el Macoríz, donde se creyeron

comprehendidos muchos de sus vasallos, no cesaba de hostilizar á Ojeda en santo Thomas, y de hacer juntas y llamamientos de gentes. Deseando los nuestros humillarle y prenderle, salen de la ciudad el 24 de Marzo hasta en número de docientos de á pie, veinte caballos, y otros veinte perros de ayuda. Iba en el egército Guacanagarí, á quien debió persuadirse que era en su obsequio la presente jornada, conforme á la idea de facilitar la reduccion del país fomentando la discordia entre los principales caciques. Como á dos jornadas observan tanta muchedumbre de indios en la Vega-real, que se estimó no bajarían de cien mil. Piensa el general que á poca costa los habia de confundir y ahuyentar, dividiendo el egército con su hermano D. Bartolomé, y acometiendo á un tiempo por distintos lados. En efecto á las primeras descargas de ballestas y arcabuces cada division por su parte rompe los esquadrones opuestos, amedrentada aquella turba pusilánime con el estrago y estampido de las armas de fuego. Acábalos de aturdir y desordenar el terror que infunden los caballos y los perros. Huyen despavoridos, y dando en ellos nuestra gente hacen una horrible carnicería. Muchos se tomaron á vida, y fueron condenados á esclavitud. La mayor parte salvándose con la fuga, unos en sus

provincias, y otros derramados por los montes, esparcen la noticia de tan notable destrozo, y comunican su horror al resto de los isleños. Los españoles son reputados invencibles, y nadie tiene aliento para intentar cosa en su ofensa.

28. Alcanzó el susto á Caonabó, y sus gentes dejan libre la fortaleza de santo Thomas que habian tenido sitiada treinta dias continuos. Sin embargo no se daba por satisfecho el almirante hasta prender á este formidable cacique. Con tal designio mueve para santo Thomas: y de allí le envia al capitán Ojeda con pocos de á caballo, para que trate con él disimuladamente, le convide con la paz, y vea de traerle consigo so color de una visita amistosa. Era su residencia en la Maguana, provincia confinante con la de Cibao, y extendida por oeste hasta el río Neyba: en el qual desagua el segundo Yaque, que naciendo en Cibao no lejos de las fuentes del principal de su mismo nombre, corre al contrario rumbo, formando una vega no grande si bien hermosa y apacible. En un pueblo de ella como á media legua del río encuentra Ojeda á Caonabó, ya mas tratable y manso por efectos de la pasada victoria. A fuerza de mañas y de dias logró persuadirle, que exponia su persona y estado á evidente riesgo, si no venia en presentarse al

invencible guamiquina de los christianos, medio único para grangear su amistad. Condescendió por fin el cacique: aunque receloso de lo que podria suceder, dispuso llevar en su guarda un numeroso acompañamiento, pretextando que así correspondia á la decencia y autoridad de su persona. Mas poco le aprovecharon sus cautelas. El astuto y resuelto capitán tuvo forma de separarle de los suyos, y atado sobre las ancas de su caballo partió con los compañeros á toda priesa, ni paró hasta dar con él en manos del almirante. Aprisionado en la Isabela se le hizo proceso; y no solo por informacion de testigos, pero aun por sus propias declaraciones resultó autor del incendio y destruccion de la Navidad, de igual intento contra la Isabela, de la muerte de veinte españoles, y de la sublevacion general para acabar de una vez con toda la colonia. Valióle su alta dignidad para no ser ajusticiado, como lo fueron algunos de los tomados en la jornada de la Vega. Justo miramiento, tanto mas que poseídos los isleños de un miedo cervical, se creyó bastante la precaucion de separar el único caudillo que pudiera mover nuevas turbaciones, remitiendo á los reyes su persona y causa. Solo quedaba el recelo de su familia, en particular de un hermano que tenia créditos de valiente.